cándalos se han generalizado hasta hacerse cosa común y corriente. Pues bien, de ellos se puede tomar la ocasión para dar una cátedra casi continua: antes se dejaban pasar inadvertidos ó se procuraba apartarlos de sus ojos; pero ahora que esto, ó daría mal resultado ó no daría ninguno, es conveniente, haciéndolo observar de intento, formar de ello un magisterio de provechosas enseñanzas. Los Espartanos, á fin de que sus hijos cobrasen horror á la embriaguez, les ponían por delante el espectáculo de un esclavo borracho: otro tanto puede hacerse, mostrándoles la sórdida codicia de un avaro, las injusticias de un magnate, los fraudes de un pícaro, las desvergüenzas de un libertino, las blasfemias de un impío, las vanidades, las burlas y el excesivo lujo de una mujer ambiciosa, los vicios, en una palabra, que deforman, embrutecen y manchan á una alma cualquiera, á fin de que se horroricen de todo eso. El campo es demasiado vasto, y sin sondear los vicios secretos de los individuos y de las familias, solo aquello que no puede dejar de verse, basta para dar fundamento á tales lecciones. Por otra parte, para introducir á un joven en el mundo, ¿cuánto provecho no podría sacarse también de la lectura de un periódico escrito con ciencia y piedad? En efecto, ¿quién, que conozca el mundo, dudará de que en nuestros días no se puede ya vacilar entre el partido del vicio y el de la virtud, entre la Iglesia y el mundo, entre la carne y el espíritu, entre Dios y el demonio? Es, pues, necesario ilustrar estos diferentes espíritus, á fin de poder combatir el uno y abrazarse con el otro, y este es el servicio

particular que puede prestar un periódico sabio y religioso, pues en él se conocen estos partidos y se les vé actuando; en él se van desplegando y poniendo de manifiesto todas las tramas urdidas por los enemigos de Dios, se conoce á fondo su perfidia é iniquidad y no solamente las maquinaciones de otras épocas, sino también las que hoy se emplean y de las que más conviene librarse. En esa edad, además, en que el alma está bien dispuesta, se leen con increíble deleite los triunfos de la verdad, de la justicia y de la virtud sobre la injusticia, la mentira y la perversidad, el corazón se inflama en el amor del bien, se afirma en el odio al mal, se inclina á amar á la Iglesia y á detestar á sus enemigos: la mente conoce mejor la religión, descubre con claridad los errores que se le oponen y, casi sin advertirlo, el joven se forma y dispone para todo lo que es piadoso, honesto y religioso. No hace mucho tiempo que una excelente madre expresaba su gratitud, con las lágrimas en los ojos, al fundador de un diario religioso, asegurándole: que le había salvado á dos hijos con sus artículos, en lo que había descubierto ciertos precipicios en que estaban ya para caer esos pobrecitos. Todo depende de que la elección se haga con las debidas precauciones.

Finalmente, después de todos estos preparativos, conviene que los jóvenes conozcan el mundo con su uso moderado Es un refrán bastante común que el que es demasiado cuerdo en la juventud, llega después á ser loco en edad más avanzada. Pues bien: si alguien quiere decir con esto que se debe lanzar á los hijos

al torbellino de la sociedad, á los teatros, á los bailes, á los precipicios, á fin de que de esa manera se enseñen á vivir, dice una mostruosidad condenada por la fe, no menos que por la experiencia: por la fe que claramente enseña que el joven, una vez que haya tomado por una senda, no la dejará ya ni en la vejez.

Adolescens justa viam suam etiam cum senuerit non recedet ab ea; (1) por la experiencia, que hace palpar con evidencia: que los hábitos de la primera edad se afirman con el tiempo, al grado de llegar á ser una segunda naturaleza, de la cual no es posible después despojarse; pero si lo que se quiere significar es que el comprimirlos demasiado es causa de que más tarde se precipiten con mayor desenfreno, cuando sean dueños de sí mismos, entonces se dice una gran verdad.

Hemos conocido jóvenes que, retenidos con buena, pero no discreta atención á la cadena del deber, se han desquitado después en pocos meses de libertad, de la larga sujeción hundiéndose en todo género de liviandades, hasta caer en la ruina moral más completa, y á la vez hemos visto otros, formados con más perspicacia en el conocimiento de los hombres, salir sanos y enteros aún en lances peligrosos.

Todo el secreto estriba, pues, en que, sin negarles lo que según la razón no puede negárseles, se estudie la manera de que no resulte peligro en lo mismo que se les concede, lo cual es fácil de conseguir, siempre que se haga con maduro consejo.

No será posible que á cierta edad vi-

(1) Prob. 22, 6.

van vuestros hijos, sin ningún compañero, como los ermitaños ó cartujos: escójaseles, pues, algunos, pocos y honrados. No podrá tenérseles constantemente encerrados en la casa; búsqueseles por lo mismo, la entrada en otra en la que nada tenga que sufrir su virtud. No se abstendrán, ciertamente, de toda lectura: que tengan, pues, á la mano, libros de ciencias, de literatura, de historia, bien escritos y morales. Convendrá que, de vez en cuando, tengan algunas de las diversiones que no se niegan á los jóvenes honestos de su clase, y será necesario también no prohibírselas. Y lo que se dice de los varones, se debe entender igualmente de las niñas: que vistan conforme á su condición, con decoro y si queréis, hasta con elegancia; pero con toda la modestia y decencia propias de cristianos. Que tengan, enhorabuena, algún descanso; pero que sea de tal naturaleza, que al dar reposo al cuerpo no mate al alma. Solo una excepción hay que hacer á todo esto, y es la de que, cuando alguna alma más generosa quisiera renunciar espontáneamente aun á estas diversiones honestas, no se la debe contrariar. Dios Nuestro Señor, que inspira algunas veces deseos tan perfectos, sería un vengador inexorable contra todos aquellos que le hubiesen arrebatado unos corazones que El quería se le hubieran consagrado de una manera más especial.

VI

Empero, no basta introducirlos en el mundo, sino que es preciso encontrarles en él ocupación, no solo porque el hom-

bre ha nacido para la fatiga, sino tambien porque la vida sin trabajo es como una agua estancada, que no hace más que corromper y enfermar. Los jóvenes que se dedican al comercio y á las artes, con más facilidad se ocupan, pues la necesidad que tienen de asistir á los bancos y talleres, la de aprender la profesión, los retiene en el trabajo casi todo el dia; pero los que se dedican á servir empleos ó á la carrera de las leyes, á la de la medicina ó de otras ciencias, como no están tan esclavizados al trabajo cuotidiano, más fácilmente se desvían y se entregan al ocio. El padre, por lo mismo, pues esta es obra más bien suya que de la madre, ejerza sobre ellos una absoluta vigilancia y persuádales con todo género de consejos y advertencias, que les muevan á que tomen interés por la ocupación á que se han consagrado. Para este fin, contribuirá el dejar, á lo menos en parte, que gocen de los frutos de sus fatigas y animarlos con la esperanza de una ayuda más eficaz y amorosa el dia en que realicen un casamiento que acaso pueda desear, siempre que se les vea empeñosos en su trabajo. En proporción á la asiduidad en este último, está la bondad, puesto que la ocupación es una salvaguardia contra el vicio, más eficaz que cualquiera otro medio.

"Multam maliam docuit otiositas," nos advierte el Espíritu Santo y la experiencia ha convertido en proverbio el de que la ociosidad es el mayor de todos los males.

Más difícil es tener ocupados á aquellos jóvenes, que habiendo heredado por su

nacimiento títulos nobiliarios ó abundantes riquezas, creen hacer bastante para el mundo con vivir y gozar de sus rentas. Todo el que conoce algo las principales ciudades de Italia, sabe muy bien cómo, salvas muy contadas excepciones, gastan el tiempo la mayor parte de los jóvenes de la nobleza. Abandonados en lo absoluto los estudios serios, si es que alguna vez los hicieron, solo se ocupan en inventar diversiones y pasatiempos: viajes de placer, partidas de caza y correrías de una parte á otra, cuando la estación lo permite; permaneciendo, durante el invierno, en las ciudades, tan luego como se abren los teatros, comienzan los bailes y se inauguran las tertulias y entonces consiste su grande ocupación en cortejar á las cantatrices y bailarinas y en formar partidos en favor de unas y en contra de otras; en arreglar reuniones y cenas para festejarlas, preparándoles honores y triunfos. Otros, que son después los héroes de las conversaciones, pasan una gran parte del dia á guisa de mujercitas, en acicalarse, ataviarse y componerse y la otra parte en hacer visitas, cumplimientos y cortesías y en enviar recados para informarse de si la Marquesita pasó bien la noche, ó si la Baronesa se encuentra ya restablecida de su resfriado, y en escribir cartitas que son un primor por las zalamerías que contienen, por el papel dorado en que están escritas, y sobre todo por los disparates gramaticales en que abundan. Llega, finalmente, la noche y los tenéis ya en lo más importante de sus ocupaciones, pues es indispensable quemar algún grano de incienso en las aras de todos los ídolos de las tertulias; hacer el

papel de galán con esta y con aquella, revolver la crónica de todas las livianda-des y escándalos de la ciudad, hasta que llegue la hora bien avanzada por cierto, en que nuestro héroe se meta en el lecho que lo volverá al comercio de los vivos hasta cerca del medio día. Otros se ocupan en caballos, poniendo por encima de todos sus pensamientos el de domarlos, adies-trarlos, gobernarlos y guiarlos, sin darse cuenta de que en esta habilidad, de que tanto se envanecen, les aventaja ya el úl-timo de los caballerangos. No hablo aquí, de otras ocupaciones más vergonzosas, que á muchos roban una gran parte de la vida, como son la compañía de cier-tos camaradas de prostitución y de infa-mias, el hundirse con ellos en mil y mil bajezas, el derrochar el patrimonio en la casa de juego ó en la cantina, pues no quiero manchar estas páginas; sólo digo que esta es, en mucha parte por desgra-cia, la situación que guardan numero-sas ciudades en las cuales cada vez se acentúan más la decadencia de aquellas familias, que fueron en un tiempo el honor y la prosperidad de provincias enteras. Pues si esto es así, como no puede abso-lutamente negarse, ¿quién duda de que á los ascendientes toca en mucha parte po-nerle remedio? Después de haber hecho cuanto esté á su alcance para educarlos en el deber, es también indispensable que procuren ocuparlos provechosamente, pa-ra lo cual hay varios medios.

Si en el curso de su educación han manifestado mayor inclinación para algún género de estudios, debe estimularse á fin de que se distingan más en él. La histo-ria, las ciencias naturales, la política, el

derecho no podrían fácilmente hallar más adecuados cultivadores que esos jóvenes á quienes sus condiciones de comodidad y bienestar dan mayor aptitud para los es-tudios, medios más amplios para las inves-tigaciones que ellos exigen y los cuales, como más independientes por nobleza de carácter, no tienen la triste necesidad de venderse. Hay también ciertas ocupacio-nes, carreras y empleos, que lejos de ser impropios de esta clase de la sociedad, le son por el contrario muy naturales, como la diplomacia, el gobierno, la magistratu-ra y siempre que se la pueda preparar pa-ra ellas, se les proporcionará una ocupa-ción no menos honrosa que útil.

Quéjanse algunas veces los nobles, de que el espíritu democrático todo lo ha in-vadido; en lo cual hay demasiada verdad, mas ¡ah! cuán cierto es también que, por encontrarse ellos tan escasamente provis-tos de conocimientos, se ven los Gobier-nos, á pesar de sus mejores intenciones, precisados á no valerse sino de hombres de otra esfera, por ser los únicos adorna-dos de la conveniente capacidad.

En último caso, cuando falta toda otra ocupación, queda siempre, por lo menos, casas, ranchos, haciendas ó cualquiera otra propiedad.

Todo consiste en que sepan los padres estimular á sus hijos confiándoles, á medi-da que vayan siendo capaces, algún asunto acerca del cual tengan después cierta res-ponsabilidad; de lo que sacarán, además, la ventaja, cuando algún día lleguen á ser jefes de su casa, de saber lo que es suyo y la manera de manejarlo, sin tener que su-jetarse, como generalmente sucede, á la conciencia, no siempre muy escrupulosa,

de apoderados y administradores! Y aunque esta experiencia debiera costar algo, ¿qué importaría? El solo hecho de libertar de la ociosidad á los hijos es un bien que supera á cualquiera otro.

VII

Antiguamente los ricos y los nobles tenían una ocupación que era, á la vez que empleo útil del tiempo, un ejercicio de caridad y consistía en presidir y administrar los hospitales, orfanatorios, escuelas de pobres, montes de piedad, y otras obras semejantes, las que obtenían la ventaja de que ahorraban los gastos de administración y recibían, por añadidura, auxilios particulares de sus mismos patronos. Pues bien, los gobiernos han tomado por su cuenta casi todas esas obras y en ellas emplean á sus favoritos quienes, además de manejar mal muchas veces esos fondos, los merman muchísimo con sus fuertes honorarios; mal al que es imposible, por ahora, poner remedio, pues así lo quiere la secta que actualmente nos oprime. En cambio, el espíritu de Jesucristo, siempre presente en su Iglesia, ha engendrado instituciones nuevas que aprovechan á los fieles según las necesidades especiales de nuestros días: las Conferencias de San Vicente de Paul, la Sociedad para la defensa de los intereses católicos, los Círculos de la juventud católica, los Círculos regionales, los Congresos provinciales ó generales, las Bibliotecas parroquiales, la institución de periódicos honrados y otras obras semejantes, cosas son todas ellas que aprovechan grandemente á la moral y á

la Religión y si bien es cierto que no es posible emprenderlas todas, también lo es que el descuidarlas todas no es una cosa muy piadosa, noble ni generosa. Convendría, pues, que los padres prudentes y entendidos se fijasen en las que fueran adecuadas á su situación y que trabajando en hacer á sus hijos aptos para alguna de ellas, buscasen la manera de interesarlos en la misma, sin que lo sintiesen, de lo cual les vendrían muchísimas ventajas, puesto que inducirían á sus hijos á abrazar la causa de Jesucristo y á separarse, con cierta solemnidad, de la compañía de los impíos con un merecimiento indiscutible delante de Dios. Los pondrían, además, en relación con la parte más escogida de la sociedad que profesa los sanos principios y esto los haría afirmarse en ellos: serviría, sobre todo, para fortalecerlos contra el respeto humano que, por desgracia, hace tantos estragos en la pobre juventud. Bien sé que á esto se oponen varias dificultades prácticas, mas aun estas, examinadas detenidamente, se ve que no tienen valor.

Algunos dicen: **A mí me basta con ser cristiano, sin tener necesidad de pasar la plaza de beato ó de fanático,** y de esa manera se están calladitos en su casa, quiero suponer que sin hacer mal ninguno. Cierto que no hacen mal: pero lo es igualmente que no hacen ningún bien y para un cristiano tal conducta no amerita en verdad elogios. Por lo demás, en una época en que hay tantos hombres que ya por medio de libros ó periódicos, ya con escuelas y teatros, ora con farsas, ora con todo género de seducciones se esfuerzan en atacar la fe de Jesu-

cristo, en oprimir á la Iglesia, en humillar al sacerdocio, en corromper á los pueblos y alejarlos de Dios, en una época semejante, el no conmoverse para nada, ni tomar parte alguna en la lucha, ni levantar una mano, ni siquiera un solo dedo para poner algún dique á tan grande mal, no es dar ciertamente muestras de un grande amor á Nuestro Señor ni de un vivo interés por la Santa Iglesia, ni de mucho celo por la salvación de las almas, y lo único que en cambio, y desde luego se descubre, es que se trata de uno de tantos cristianos de agua tibia que no se hallan muy dispuestos á incomodarse en lo más mínimo por su fe. ¿Perseverarán éstos en esa su bondad tan raquítica? Tal vez mientras una pasión más violenta no venga á turbarlos. ¿y si viene? Que sean ellos los que contesten.

Otros hay que dicen: **que todas estas obras no conducen á nada, y que, por lo mismo, son inútiles.** ¿Con que no conducen á nada? pero me parece que el haber defendido y procurado la gloria de Dios y haber dado buen ejemplo es siempre útil. Dios no exige de nosotros el resultado de nuestros esfuerzos, sino sólo nuestra buena voluntad, y esta es la que pide y premia. Por lo demás, es de todo punto falso que no aprovechen para nada. Basta leer las reseñas de tales obras para que resalte en cada año, fuera de los socorros materiales que son de tanto precio, el gran número de personas que han sido inclinadas al bien, y otras apartadas del camino del mal; á cuántos niños se ha impartido sustento y educación, cuántos actos del culto

divino se han promovido, con todas las consecuencias que generalmente los acompañan. El bien, para que lo sea, no es preciso que haga ruido; basta que tenga ese carácter para las almas y á los ojos de Dios. Por último, algunos se retraen de dichas obras porque, según dicen, no falta nunca en ellas alguna ligera discordia y contrariedad; á lo cual respondo: que tal cosa suele alguna vez acontecer, y es de desearse que no suceda, ó en caso de que sea, que prontamente se sofoque; pero si por este motivo se ha de omitir el bien, abstengámonos igualmente del pan porque algunos se indigestan con él, y del vino, porque algunos se embriagan. Donde quiera que hay varios hombres dispuestos para alguna obra, hay siempre alguna diversidad de pareceres, y ésta trae consigo, en la práctica, algún disgusto, algún choque; mas esto es una razón para caminar con precaución en la obra, para ejercitar la virtud de la paciencia y la de la humildad con el prójimo y con los compañeros; no para apartarse de todo ni para aumentar el número de aquellos murmuradores que, frunciendo el ceño con altanería, todo lo critican y todo lo desaprueban, cuidándose, eso sí, mucho, de poner en nada sus habilísimas manos.